

Narconovelas de Gonzalo Martré

VICENTE FRANCISCO TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

Este artículo es una revisión del ciclo de novelas sobre el narcotráfico que ha escrito Gonzalo Martré. Ofrecen visiones paralelas de algunos de los acontecimientos más significativos propiciados por la violencia del tráfico de estupefacientes.

Abstract

This article is a review of the cycle of novels on drug trafficking that Gonzalo Martré has written. They offer parallel views of some of the most significant events caused by the violence of drug trafficking.

Palabras clave: narcotráfico, sicarios, narconovela, refranero, escatología.

Key words: drug trafficking, hitmen, narco novel, proverb, eschatology.

Para citar este artículo: Torres, Vicente Francisco. "Narconovelas de Gonzalo Martré". *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 187-196.

La narrativa de Gonzalo Martré, desde su primer libro, se caracterizó por una mirada sarcástica y corrosiva, condimentada por un humor a menudo escatológico. A él debemos una trilogía que es un verdadero fresco de la ciudad de México pero, ante todo, una revisión de varias décadas de la vida política y corrupta de nuestro país: *El Chanfalla* (1978), *Entre tiras, porros y caifanes* (1983) y *¿Tormenta roja sobre México?* (1993). *Los símbolos*

transparentes es una de las mejores novelas, quizá la mejor, sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968.

Atento siempre a cualquier género que pudiera servir a sus objetivos satíricos, no desdeñó la ficción científica, el cuento para niños, la crónica y, naturalmente, el relato detectivesco que, dadas nuestras circunstancias históricas, tuvo que ser la narconovela.

Debutó en este terreno con *El cadáver errante* (Editorial Posada, 1993). Aquinació su detective Giordano Bruno, con un seudónimo más significativo que su propio nombre. Se hará llamar Pedro Infante. Es un joven de veinte años que se hizo detective gracias a un curso por correspondencia que tomó en el Instituto Houdini de Catemaco, tierra de brujos. Al graduarse, con su título le dieron un maletín que contiene todo lo necesario para un sabueso que se respete: un chaleco antibalas, una bazooka, granadas, un cuerno de chivo y hasta un águila que, en el colmo del humor, le servirá a Martré para hacer una parodia del escudo nacional. El águila se lanza sobre una serpiente que iba a atacar a la amante manca de Giordano y, después, se para triunfalmente sobre un nopal que estaba de adorno en una oficina.

Este curioso personaje gusta vestir de la misma manera estrafalaria que el mismo autor. Parece salido del túnel del tiempo con sus chillantes trajes morados, verde limón, rosas, azul cobalto... que estallan en corbatas igualmente escandalosas. Los acompaña con zapatos extravagantes, a dos tonos, y con sombreros que llevan la infaltable pluma que hubiera sido la envidia de Tin Tan o sus pachucos contemporáneos.

Vive en el centro histórico de la ciudad de México —tiene su despacho hogar en Re-villagigedo, casi esquina con Ayuntamiento— y lleva una vida en chungu:

entrenaba de continuo el tiro al blanco en las ferias urbanas y me consideraba un excelente tirador, como lo prueba mi colección de 98 ositos panda de peluche, ganada gracias a mi magnífica puntería con rifle o pistola de municiones¹.

Viaja en metro porque no tiene dinero para pagar taxi.

Su primera aventura lo lleva a Sinaloa, Estado que se hallaba en el ojo del huracán, por la violencia del narcotráfico, cuando Martré escribió la novela. Gonzalo conoce muy bien el Estado o lo fue a recorrer, porque consigna la geografía, los distintos pueblos, carreteras, restaurantes y bebederos. Por si esto no fuera suficiente, recurre al antiguo recurso de incluir un glosario para obtener el color local. Buscará a un profesor norteamericano que fue asesinado por accidente para robarle su llamativa camioneta. El cadáver del científico va a ser usado, también por accidente, para mandar un ataúd lleno de cocaína y no el esperado tamal académico. Policías, funcionarios y diplomáticos estaban involucrados en el supuesto error.

A fin de salpimentar las peripecias de su detective, Martré invoca las letras de muchos corridos que, como sabemos, enaltecen y celebran las sarracinas de los traficantes. Esta expresión musical, que a menudo utilizan los escritores, ha sido estudiada por

¹ Martré, Gonzalo. *El cadáver errante*. México: Editorial Posada (Humor), 1993, p. 7.

Juan Carlos Ramírez Pimienta en *Cantar a los narcos. Voces y versos del narcotráfico* (2011).

Así se presentan sus personajes:

Somos los hermanos Mascabrones: Semefo, Cereso y Emepé. Deben darse, desde este momento, por secuestrados. Si se ponen al brinco, entonces deben darse, desde el momento en que lo hagan, por muertos.²

Emprenden, entonces, un diálogo:

—Tú eres Mikkis Krisantes...

—Te equivocas, yo soy Pedro Infante.

—Sí, hijo de la chingada, y yo Jorge Negrete.³

Con su personaje Don Chema, un cuentero que da el contexto de la violencia en Sinaloa, Martré consigna la llegada de la adormidera a Sinaloa, por medio de los chinos, tal como consignó Ricardo Elizondo en su novela *Narcedalia Piedrotas* (1993).

Si Rafael Bernal hizo de *El complot mongol* (1969) un refranero, Martré no se queda a la zaga: "Te conozco, mosco, y aunque cambies de zumbido, te conozco en el vestido."⁴ "Entre bomberos no se pisan las mangueras."⁵

Cuando Gonzalo me dio un ejemplar de esta novela, la amparó en una dedicatoria que incluía un "narcoabrazo". Gonzalo no ignoraba el terreno en que estaba entrando y, dato por demás curioso, la Editorial Posada

la incluyó no en una serie policiaca, sino en la colección de Humor. Martré sabía que estaba publicando una narconovela, la primera en México, o novela detectivesca, pero no quería dejar su estilo burlesco y satírico. En la solapa que, no me cabe duda, escribió el mismo Gonzalo, leemos:

El cadáver errante es sin duda la novela más chispeante de Martré pues en ella amalgama diversos géneros del humorismo, que van desde el fácil cotorreo y desgarrate, hasta el humor negro y el surrealismo, omnipresente en las situaciones locas en que mete a su desmañado detective, personaje al que damos la bienvenida y del cual esperamos nuevas aventuras.

En esta primera novela de la serie, Gonzalo repite un recurso que le es anejo: el dar los nombres reales de los políticos en sus novelas. Alguna vez le pregunté si no sentía temor de sufrir represalias por hacer esto y él respondió que no, porque nadie lee libros. Esto me hizo recordar una anécdota que me contó Gerardo Cornejo en 1996, después de publicar su narconovela *Juan Justino Judicial*. De ella podemos concluir que, aunque nadie lea los libros, los chismes cuentan. Es sabido que esta novela trata de un judicial traficante que tenía problemas en un testículo y la violencia en la que andaba metido le echó a perder el otro.

Cornejo tenía una cabaña en lo alto de la sierra sonorense y allá se refugiaba cuando los trajines urbanos o el calor excesivo de Hermosillo lo abrumaban. Recién publicado su libro *Juan Justino Judicial*, una tarde estaba sentado en el porchecito de su cabaña cuando vio subir, a lo lejos, serpenteando,

² *Ibid.*, p. 79.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, p. 81.

⁵ *Ibid.*, p. 172.

una fila de trocas, de las que sólo tienen los narcotraficantes. Gerardo se espantó y pensó que su hora final había sonado, por las cosas tan tremendas que dijo en su novela. “A lo echo, pecho”, murmuró, y se dispuso a esperar el desenlace fatal.

De la primera camioneta que se estacionó en la explanada de su refugio serrano descendió un ensombrerado, con cinturón piteado, botas de víbora y las gafas típicas. Preguntó si él era el escritor Gerardo Cornejo y, cuando éste asintió, el narcote dio la orden de que empezaran a bajar las bolsas de hielos, las tinas y los cartones de cerveza. Dijo que habían subido a agradecerle que se ocupara de ellos en su novela —que no habían leído, por supuesto—, y siguió dando órdenes para que bajaran los músicos y las parrillas para asar la carne. “Sólo les faltó llevar mujeres”, me dijo Gerardo entre carcajadas.

En 1999, Gonzalo Martré incursionó por segunda vez en la novela de enigma. No en la narconovela, pero sí en la realidad mexicana ya penetrada por los *Señores del Narco*, como dijera Anabel Hernández.

Ahora el sabueso vive en Culiacán y se llama Jesús Malverde Chandler. Jesús Malverde es el santo patrón de los narcos y Chandler, obviamente, es un homenaje al autor norteamericano que escribiera algunas novelas negras magistrales. El sobrenombre del detective es ahora *El Niño Perdido*.

A Jesús Malverde lo solicitan desde Tabasco para que recupere un cuadro original de Giorgio de Castelfranco, que había sido suplantado. Martré se sirve de la ignorancia de su investigador para colar su característico humor negro, pues lo vemos en sus búsquedas preguntando por el cuadro de un tal

Gorgonio. Las obras del mítico pintor veneciano son codiciadas porque pintó poco y su temprana muerte hizo que dejara varios cuadros inconclusos, mismos que terminarían otros artistas, sobre todo Tiziano. De aquí que su autoría se ponga a menudo en duda y esto incrementa el precio de sus cuadros. “La tempestad” (1508), está considerada como el primer paisaje en la pintura. Y una parodia de esta obra sirve para ilustrar la portada de la novela, con un detalle risible: el soldado del original es sustituido por la imagen del expresidente Carlos Salinas de Gortari.

Malverde parte con dos maletas en donde va un arsenal que contiene un cuerno de chivo, granadas de fragmentación e incendiarias, una bazuca, esposas, una cadena de púas para ponchar llantas, cinta adhesiva, una soga, una pistola 9 mm., un rifle con mira láser y un interceptor de llamadas.

El cuadro suplantado de la novela no es “La tempestad”, sino una obra llamada “El señor de las nubes”, como un guiño que alude al narcotraficante Amado Carrillo, conocido como El Señor de los Cielos —quien se hizo de una flota de aviones para traer cocaína desde Colombia—, que estaba interesado en el cuadro. En la novela aparece como Armando Badillo.

Otro personaje de la novela es el padre Jacques Cheverny, para que sepamos que no sólo Jorge Ibargüengoitia pudo apellidar Perrión al cura Hidalgo, el padre de la patria, por su proclividad a las bebidas finas. También tenemos a Marcos Jamal Cebiche, que interpreta a Carlos Cabal Peniche, corruptísimo banquero que financió campañas priístas y fue defraudador millonario, parti-

cularmente en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

Esta novela es una crítica socarrona y mordaz a las relaciones que guardan algunos clérigos de alta jerarquía con políticos y traficantes. Los purpurados son políticos con sotana que operan con divisas como éstas: “para hacer cosas buenas, los sacerdotes deben mezclarse con gente ruin [...] si el dinero que reciben es ruin, no es su tarea averiguarlo”⁶. En el libro circulan Cicolano Pillone, trasunto de Girolamo Prigione, delegado apostólico en México que, en 1992, cuando el gobierno de Salinas de Gortari restableció relaciones diplomáticas con el Vaticano, se convirtió en el primer nuncio apostólico en nuestro país. Toleró la pederastia de Marcial Maciel y cobijó en la nunciatura a los hermanos Arellano Félix, cuando se dio el asesinato del cardenal Juan de Dios Posadas Ocampo. El *Chapo* Guzmán se hizo famoso en 1993, cuando el gobierno de Carlos Salinas de Gortari lo responsabilizó, falsamente, del asesinato del Cardenal, que tuvo lugar en medio de un fuego cruzado en el aeropuerto de Guadalajara. Amado Carrillo delató al *Chapo*, quien ya se había convertido en un problema debido a su ostentación y sus actos violentos. Otra hipótesis afirma que la muerte del cardenal Posadas “fue producto de un plan orquestado por políticos para recuperar documentos que el prelado tenía en su poder y que los involucraba con grupos de narcotráfico”⁷.

⁶ Martré, Gonzalo. *Los dineros de Dios*. México: Daga Editores, 1999, p. 89.

⁷ Hernández, Anabel. *El traidor. El diario secreto del hijo del Mayo*. México: Editorial Grijalbo, 2019, p. 54.

Pájaros en el alambre (2000) es la tercera novela de la zaga. Su tema es el espionaje telefónico que practican con singular alegría delincuentes, políticos y policías. Se asocia con el narcotráfico que une a políticos, empresarios, delincuentes y policías.

Ahora tenemos al agente federal Jorge Carmona, políglota y especialista en intervención telefónica. Está asignado a la División Antidrogas de la Policía Judicial Nacional en donde trabaja para el subprocurador, Mariano Ruiseco Masiosare, quien desea conocer las relaciones entre narcotraficantes y políticos, para extorsionar, sobre todo, a los segundos. Carmona es excepcionalmente apto para su misión pues tiene que grabar y manipular las conversaciones que Pamela von Steadt mantiene en alemán, francés e inglés.

Entre los políticos de la vida real alcanzamos a distinguir dos: Hermilo Balboa Patrón (Emilio Gamboa Patrón), ministro de comunicaciones, y un francés cuya descripción pone a prueba al más pintado:

La mujer parecía obsesionada por los ojos del franchute, lo único salvable de una cara anodina forrada por una miserable piel plagada de hoyos y cráteres provocados por un acné juvenil implacable.⁸

Por supuesto que se trata de Joseph Marie Córdoba Montoya, el súper asesor de Carlos Salinas de Gortari.

⁸ Martré, Gonzalo. *Pájaros en el alambre*. México: Los Libros de La Tinta Indeleble, 2000, p. 58.

Veamos los diálogos típicos de la novela negra adaptados a la idiosincrasia nacional: Sí puedes, pero no quieres. Arrima un poco tu silla a modo de que puedas ver a tu mamá. Si aprecias en algo la vida de la autora de tus días, contéstame lo que te pregunté, o mi amiguita le va a poner un chiquiador de plomo en la sien izquierda que le quitará para siempre los dolores de cabeza que la aquejan.⁹

El agente Carmona trabaja en compañía de Celia Cruz, una ex condiscípula del Colegio de Ciencias y Humanidades, quien pronto le agarra el gusto al asesinato. Su puntería no suele ser buena pero siempre tiene suerte: cuando dispara al pecho o al cuello, siempre pega en la cabeza. Por esto Carmona la apoda Rompecocos.

También aquí hay tráfico de obras de arte —en este caso un Renoir—, para comprar autoridades políticas, religiosas o policiacas. No importan los precios porque, si algo les sobra a los narcotraficantes, es dinero.

Las narconovelas de Gonzalo Martré se fueron publicando conforme creció el problema y se constituyeron, de este modo, en un correlato mordaz de lo que sucedía en nuestro país. Los personajes de la vida real a veces aparecen con su nombre, en otras ocasiones apenas se aluden y también los vemos desdibujados.

La casa de todos (2000) es la novela más escatológica de esta serie y de este autor. Sólo podemos compararla con *Pasito tun tun* (2006), de Guillermo Rubio. Lo que Rubio aprovecha de su experiencia como

policía, Martré lo substituye con imaginación y largos años de trabajo.

Reaparece la *Rompecocos*, quien ya se ha independizado para sus escabechinas pero se mantiene bajo la asesoría del agente Jorge Carmona, quien ahora es comandante de la Policía Judicial Nacional. Si miramos las fechas de publicación, ella sería la primera narco sabuesa de la literatura mexicana; nació antes que Elena Mijangos, la policía que puso en escena Bernardo Fernández. Con el dinero ganado en el caso de *Pájaros en el alambre*, *Rompecocos* dejó su oficio de taxista y se practicó varias cirugías plásticas que la dejaron hecha un monumento.

La *Rompecocos* recibe el encargo de liquidar a un grupo de funcionarios y burócratas del aeropuerto internacional Benito Juárez, de la ciudad de México, que se atrevieron a hurtar diez millones de dólares que venían en unos electrónicos propiedad del cártel de Juárez. Esta agrupación tiene mucho dinero y lo único que le importa es vengar el agravio. Por eso Celia debe grabar sus crímenes para poder cobrar sus honorarios. Tal parece que este episodio es una referencia a Aviones S.A. de C.V., la empresa que controlaba la policía de Genaro García Luna; en esa empresa recibían droga y remitían dólares, y viceversa.

Antes de entrar en acción, la *Rompecocos* pide a su maestro un equipo como los que él usa:

una 32, preferentemente con balas expansivas, un cuerno de chivo, cuatro granadas, dos

⁹ *Ibid.*, p. 72.

de fragmentación y dos incendiarias, un interceptor telefónico, dos pares de grilletas, dos chicharras con su monitor, un juego de ganzúas, un bolígrafo estilete y parque para las armas de fuego¹⁰.

Los personajes son una inspectora de la Secretaría de Hacienda, un comandante del Servicio Nacional de Aduanas, un subsecretario de ingresos de Hacienda y varios hampones menores que pasan por La Casa de Todos, un edificio abandonado que está en la Plaza Santos Degollado, en la Candelaria. Es un refugio de rateros, drogadictos y ex presidiarios. Los clase medieros y los lumpen tienen en común su sexualidad alrevesada que los hace cambiar de sexo y concurrir a fiestas y antros en donde Martré pone en escena burlesca a renombrados intelectuales.

Esta novela, tremendamente machista, tiene dos momentos escatológicos difíciles de atravesar: una emasculación, con el uso consiguiente, y el asesinato de Jorge Bebéndez. *La casa de todos* es una novela revulsiva a la que hay que reconocer su factura argumental. Y conste que no consigné la operación quirúrgica de Georgina.

Estuve tentado a escribir que la última narconovela de Martré es *Cementerio de trenes* (2015), pero me detuve. Hace años, Gonzalo encargó un libro póstumo al editor Eduardo Villegas. Publícalo hasta que yo muera, indicó. Pero resulta que terminó un libro semejante y volvió a lo mismo: publica el anterior, pero éste que entrego, no. Su fér-

¹⁰ Martré, Gonzalo. *La casa de todos*. México: Cofradía de Coyotes, 2013, p. 16.

til y vigorosa longevidad —en este momento en que escribo, junio de 2020, Gonzalo tiene 92 años— ya lo tiene en otra obra y ya pidió publicar el segundo de los encargos. Por tal motivo, sólo quiero decir que la más reciente narconovela de Gonzalo es la mencionada al inicio de este párrafo¹¹.

Aquí reaparece su detective Jesús Malverde, quien nos revela que su nombre no es chunga debido a que su bisabuelo fue primo hermano del santo protector de los narcos y lo bautizó así como un homenaje al tipo venerado. Ahora sabemos que este sabueso tiene historia:

Después de graduarme en Fort Bliss en toda suerte de artes marciales y manejo de artillería manual, automática, ligera y pesada, activación o desactivación de granadas y bombas, tortura psicológica y física, tomé un curso de inglés y otro de urbanidad en Boston, donde dejé a la Güera (mi hermana) haciendo la carrera de medicina; los cursos fueron onerosos pero posibles gracias a la herencia imprevista del autor de mis días, que en el cielo esté. Hice mi servicio social un año en Pakistán y luego regresé a México. Necesitaban gente para combatir al narco en mi merita tierra. Le dije a los de la DEA que había decidido convertirme en agente libre, esto es, trabajar con el mejor postor y no bajo contrato permanente, sino por trabajo unitario. Entonces utilicé las relaciones profesionales de mi 'pa

¹¹ El 16 de junio de 2020, a las 16 horas, llamé a Gonzalo para preguntar por su salud. Le pregunté si ya no tenía más libros póstumos y me dijo que no. "Acabo de terminar otra narconovela que se llama *El agente de la DEA*, pero todavía la estoy peinando". Cuando expresé mi sorpresa por su fertilidad me comentó: "cosas del coronavirus".

y me puse a las órdenes del cártel de Sinaloa, haciendo notar que mi preparación académica me facultaba para investigar el paradero de damas o caballeros cuyas razones para esconderse siempre tenían como causa una falta de educación, como, por ejemplo, hablar de más, no pagar deudas o no cumplir tratos. Aborrezco a esta clase de sujetos vulgares y sin honor.¹²

Este detective sádico, cruel, machista, violador y sodomita, exhibe una religiosidad que pone al lector a punto de carcajada porque suele rezar y persignarse a la menor provocación. De su boca salen también bromas con los nombres y personajes de la cultura nacional. Cuando pregunta su nombre a un niño, tiene esta respuesta: me llamo "Rafael Tovar y de Teresa, pero me dicen Rigo porque inventaron que soy hijo de Rigo Tovar y la madre Teresa de Calcuta..."¹³ Él se hace cargo de su situación:

Ironías del destino. Mi trabajo era de investigador privado, pero no perseguía delincuentes comunes, sino delincuentes con placa. Sarcasmo de la vida, los delincuentes comunes me pagaban para hallar lo que les habían robado los delincuentes con placa.¹⁴

Como en *La casa de todos*, requiere su servicio el cártel que ha sido robado por el mismo funcionario hampón que conocimos en la novela mencionada antes: Antonio Aranzazu López, inspector de la Policía Judi-

cial Nacional, quien ordenó dejar pasar doce toneladas de cocaína que debían llegar a una bóveda queretana para mandarla, después, a Ciudad Juárez. Daniel Lara Grajales, delegado de la PJN, debería levantar un acta, con espectáculo de quema de 300 kilos de droga y declaraciones a los medios, donde dijera que habían incautado dos toneladas. Quedaban así 11700 kilos con valor de 4500 millones de pesos. Estos elementos remiten, otra vez, a la policía de Genaro García Luna.

Si en las novelas de este autor los escenarios son elocuentes, el de *Cementerio de trenes* destaca por su alusión a uno de los mayores casos de corrupción priísta. He aquí la explicación del título de la novela:

En 1985, el Ministerio de Transportes compró 40 locomotoras eléctricas usadas gringas, que supuestamente correrían en el tramo de doble vía electrificado México-Querétaro, en construcción, el primero y único intento de modernizar el sistema ferrocarrilero hecho en este siglo. Costaron casualmente 40 millones de dólares a precio inflado. Poco después compraron otras máquinas italianas en una suma similar. Primero fueron almacenadas en San Luis Potosí. Cinco años después, cuando se tuvo la certeza de que la doble vía no tenía para cuándo terminarse, se trajeron las ochenta máquinas, aquí están (en Irapuato). Estamos encima de una de ellas. Todo ese dineral se evaporó, ahora habrá que comprar otras, porque éstas han sido dejadas sin mantenimiento, desmanteladas y vendidas sus partes principales. Son chatarra. Pero alguien, hace quince años, se ganó una comisión de 50 millones de dólares porque las adquirieron inservibles, dadas de baja en su país de origen. Ese alguien, el ministro de transportes,

¹² Martré, Gonzalo. *Cementerio de trenes*. México: Co-fradía de Coyotes, 2015, p. 11.

¹³ *Ibid.*, p. 68.

¹⁴ *Ibid.*, p. 19.

el presidente del país (Miguel de la Madrid en ese entonces), el director de Ferronales, alguno de ellos, o juntos, no sé quién, se metió al bolsillo, sin sudar ni despeinarse siquiera, lo que a mí por un pelito me cuesta la vida...¹⁵

Cementerio de trenes tiene el privilegio de llevar un prólogo del tremendamente célebre José Luis Ontiveros. Quienes lo conocimos, pudimos observar su carácter agresivo, siempre violento y su defensa del nazismo. Era conocido como el *Anarca* y solía escandalizar con sus calificaciones en las artes marciales y sus celebraciones de Louis Ferdinand Celine, Yukio Mishima y Ernest Jünger. Fue un seguidor y discípulo adelantado de Rubén Salazar Mallén. Ontiveros dedica a la obra de Martré palabras como éstas:

Cementerio de trenes comprueba que, finalmente, se ha escrito novela sádica, que rompe con los preceptos moralistas del divino Marqués y con las elucubraciones de los malditos de postín, levantando sobre la falsa moralina de la perversión y el mal, la redención de la barbarie, el valor del combate y la exaltación de *vir peligrosamente*.¹⁶

He citado a Ontiveros porque, a pesar de sus opiniones fascistas, a pesar de la calidad de su prosa, sabe que no será valorado, al menos en un corto tiempo:

los que somos forajidos de la opinión, disidentes del espíritu [...] somos profundamente antipáticos e incluso abominables [...] no tendremos reconocimiento nunca: nadie valorará nuestra obra, estamos solos pero con nosotros está el Espíritu Santo¹⁷.

Estas palabras me remiten a una larga entrevista con Gonzalo Martré. Él, que ha sido tan combativo, que ha ejercido múltiples talentos, que tiene decenas de libros publicados, a sus 92 años de edad, sabe que tarde o temprano será reconocido. Pero, a pregunta de Carlos Gómez Carro sobre lo que más desea hoy, cuando sabe mermadas sus fuerzas físicas, responde: ser reconocido¹⁸.

Esta serie novelesca de Martré me permite decir que la novela mexicana contemporánea puede estar sin desdoro junto a los grandes ensayos y reportajes de autores como Anabel Hernández y Diego Enrique Osorno.

Fuentes

- Bernal, Rafael. *El complot mongol*. México: Joaquín Mortiz, 1969.
- Cornejo, Gerardo. *Juan Justino Judicial*. México: Lectorum, 1996.
- Elizondo Elizondo, Ricardo. *Narcedalia Piedrotas*. México: Leega, 1993.
- Gómez Carro, Carlos. "De literatura, amores y caifanes. Entrevista con Gonzalo Martré".

¹⁵ *Ibid.*, p. 109.

¹⁶ Ontiveros, José Luis. "El sadismo en la literatura mexicana". En *Cementerio de trenes*, pp. 3-6.

¹⁷ Citado por Valdés Medellín, Gonzalo. "José Luis Ontiveros (1954-2015)". *Siempre!* 20 de junio de 2015.

¹⁸ Gómez Carro, Carlos. "De literatura, amores y caifanes. Entrevista con Gonzalo Martré". *Tema y Variaciones de Literatura*, número 37, 2o. Semestre de 2011.

- Tema y Variaciones de Literatura*, número 37, 2º. semestre de 2011.
- Hernández, Anabel. *El traidor. El diario secreto del hijo del Mayo*. México: Grijalbo, 2019.
- Martré, Gonzalo. *El cadáver errante*. México: Posada, 1993.
- . *Los dineros de Dios*. México: Daga Editores, 1999.
- . *Pájaros en el alambre*. México: Los Libros de La Tinta Indeleble, 2000.
- . *La casa de todos*. México: Cofradía de Coyotes, 2013.
- . *Cementerio de trenes*. México: Cofradía de Coyotes, 2013.
- Ontiveros, José Luis. "El sadismo en la literatura mexicana". En Martré, Gonzalo. *Cementerio de trenes*. México: Cofradía de Coyotes, 2013
- Ramírez Pimienta, Juan Carlos. *Cantar a los narcos. Voces y versos del narcotráfico*. México: Planeta, 2011.
- Rubio, Guillermo. *Pasito tun tun*. México: Tiempo Extra Editores, 2006.
- Valdés Medellín, Gonzalo. "José Luis Ontiveros (1954-2015)". *Siempre!* 20 de junio de 2015.